

Historia y naturaleza

Sobre la promesa de un «nuevo hombre»

ENTRE las hipótesis que Marx y Engels proponen, para cuando el «comunismo» sea una realidad, figura la aparición de un «nuevo hombre». Quizá Rimbaud, desde otra perspectiva, desde luego, pensaba igual. Marx invitaba a «transformar el mundo» y el jovenzuelo Rimbaud sugería nada menos que «cambiar la vida». Rimbaud no sabía lo que decía; Marx, sí. Pero es igual. A efectos prácticos, o ilusorios, ambos coincidían en la esperanza de que, tal vez, un día, los cambios de la vida o las transformaciones del mundo —vida y mundo equivalen a «sociedad», aquí— produzcan un «mutante» de la especie humana. Ese «nuevo hombre», en los parámetros ideológicos de Karl Marx o de Arthur Rimbaud, no podría ser el repuesto del Adán paradisiaco de la Biblia. Tal vez Rimbaud pensase, porque era analfabeto; Marx, no. Marx insinuaba la idea que, realizada su «utopía científica», el «hombre nuevo» aparecería, por ejemplo, al «como universal» del Renacimiento italiano. Cuando llegue el momento final, todos serán unos «nuevos» o unos Miguelángeles: lo sabrán todo, sabrán hacer todo, serán «completos», pintores, arquitectos, poetas, ingenieros, escultores, filósofos, y lo que haga falta.

No puedo alargarme en la justificación de la teoría de Marx: lo de Rimbaud ni siquiera fue teoría. Se sabe que, abolida la «división del trabajo», el individuo trabajará todo y bien. Llamo la atención del lector acerca de otra fábula paralela: la del neocapitalismo. Y me refiero al penúltimo, optimista. También los exegetas de este sistema daban lo fácil que, a base de una tecnología cada vez más refinada, las máquinas sustituirían al hombre en la mayoría de las labores pesadas, y, en consecuencia, una «civilización del ocio» quedaría establecida. En esa «civilización del ocio», naturalmente, el hombre —y la mujer, pero menos— dedicarían su tiempo «cultivar el espíritu», una vez exonerados de la siniestra obligación de trabajar. Estas tonterías, expuestas en un lenguaje técnico de sociólogo y manejando datos y previsiones, llegan a parecer tonterías. Hace poco, un amigo me apretaba de cutas: por mi leve afición a Marx y por mi confianza en las maquinarias, yo estaría obligado a «creer» en una sociedad donde el mundo gustaría de Bach o de Schoenberg, leería apasionadamente a Hoelderlin, o se pasaría el rato en los museos. Y así...

Porque lo opuesto consistiría en afirmar, reaccionalmente, el «pecado original». O sea: que el «progreso moral» es imposible. Me permito, ante todo, una pregunta: ¿qué «progreso moral»? Al margen de los libros, los conciertos, las pinturas, ¿es Hitler, Stalin, el Vietnam napalmado, las

torturas? Habría mucho que hablar sobre el asunto. Y sobre otro: un aparente o auténtico «progreso moral», ¿implica necesariamente un «progreso cultural»? Miles, millares de miles de bellísimas personas prefieren musiquillas torvas, novelitas o novelones horribles, cuadros infames, mientras que nos consta que los notorios «criminales» de toda índole —los de guerra y los demás— eran tiernamente sensibles a las obras de arte más sutiles y complejas. Estas distinciones se han de hacer para despejar el embrollo. Y quien no las haga caerá en su propia trampa. En cuanto a lo de lo que, por tradición catequística, llamamos «pecado original», ¿no tiene una traducción laica en todo eso de los cromosomas hereditarios, las glándulas de secreción interna, las neuronas, y etcétera?

Una serie de fulanos ilustres, y no todos de la misma cuerda —por ejemplo, Marx y Ortega—, han concluido que el «hombre» no es «naturaleza» sino «historia». Quizá exageraban al expresarlo y no lo pensaban así. De hecho, el hombre es «naturaleza» y es «historia», a la vez. Que es «historia», nadie lo duda, a estas alturas, y me temo que sea un postulado tan válido para la derecha como para la izquierda. Y que el hombre es «naturaleza» nos lo están predicando y confirmando los tios de la ciencia, los biólogos en particular. Desde que el «hombre» empezó a considerarse «hombre», con una curiosa distanciamiento del resto de la zoología, se planteó como «historia». No por ello dejó de ser una especie animal que sus investigaciones científicas han perfilado al máximo: un conjunto singularmente articulado de células de diversa índole, pero que le separan del mamut, de la anguila, de la pulga, del águila real, y hasta de su pariente el mono. El hombre es «naturaleza», y los médicos están ahí para remediarlo en lo posible. Y no sólo los médicos. Para el hombre, desde el Adán mítico, la naturaleza es la sarna, el cáncer, el nacer jorobado, la poliomielitis, disponer de más sustancia gris que el prójimo, morir en un accidente de carretera o de terrorismo...

Es todo eso, por lo menos. Y eso, ¿lo arreglará una «utopía», sea socialista, sea neocapitalista? No habrá un «nuevo hombre», nunca, porque los «siete pecados capitales» —no hay más— pertenecen tanto a la «historia» como a la «naturaleza». La «historia» les dará una coloración circunstancial; pero el avaro es avaro siempre, y el goloso una víctima de la gula, y el irascible un irascible, y el perverso sexual es cada hijo de vecino... ¿Qué considerarlo así es un «determinismo»? Ese determinismo cuenta, en principio, porque es «biológico»: depende de una concreta constitución física, de la cual no es culpable el

interesado, porque le parieron así, gracias a una combinación de genes habitualmente aleatoria. Por decirlo expeditivamente: siempre habrá «amulos», como Napoleón, según la leyenda, que decía que la música era el mejor de los ruidos. Y no sería humano, sino francamente inhumano, obligar al vecindario que se aficiona a Vivaldi o a John Cage, sólo porque los mandarines de la cultura lo dictan. ¿Y si su «cuerpo» les pide los Beatles, la cancioncilla del «Carro», o un tango argentino? También eso es «historia». Y «naturaleza», no nos engañemos.

Sospecho que, cuando los sociólogos, los estetas, los pedagogos, se lanzan por este camino, parten del principio de que «su» cultura es la buena, y, sin darse cuenta, están apuntando al «despotismo ilustrado». Por descontado, toda «ilustración» es «despótica»: la del maestro sobre el niño, sin ir más lejos, y las sucesivas, en la graduación académica... La perspectiva del «nuevo hombre» que provocará transformaciones y cambios no acaba de ser convincente. O sí, pero a base de fármacos. Las boticas expenden productos para «rectificar la conducta» de los vecinos. A un nene discolorado, se le propina una grajea, y se convierte en un angelito. Y lo mismo con los adultos. Las «drogas» —sean farmacéuticas o vitandas—, pertenecen a la «historia», pero inciden sobre la «naturaleza». Ser hombre es ser un extraño proceso químico —o bioquímico—, vulnerable por todos los lados.

¿Un «hombre nuevo»? Puede que sí. Pero ¿quién lo «diseñará»? ¿Con qué medios, con qué complicidades, con qué angustias? Y no será «nuevo»: será lo que «ellos» quieran. Y no exactamente Leonardos ni Miguelángeles. Por lo demás, un mundo donde todos fuésemos Leonardos o Miguelángeles sería irrespirable. Si cada rockero llegase a ser un Mozart o un Beethoven, a su modo, el aburrimiento se impondría. Y el «mundo» continuaría siendo injusto... No trato de propugnar ningún esquema «elitista». ¿Para qué? Los diversos «elitismos» se producen automáticamente, con la combinación de la «naturaleza» y de la «historia», y la «naturaleza» predomina. Ni el comunismo ni el neocapitalismo producirán einsteins, picassos y mayakovskis sumados y multiplicados. Ciertas formas de «materialismo» —marxianas, en particular— se traducen en «idealismo», cuando se olvidan que, con todas las preposiciones previas, a, ante, cabo, contra, desde, entre, por, sin, sobre, tras, las «clases» se complican con la biología. Con el eventual reparto de las enzimas, por ejemplo.

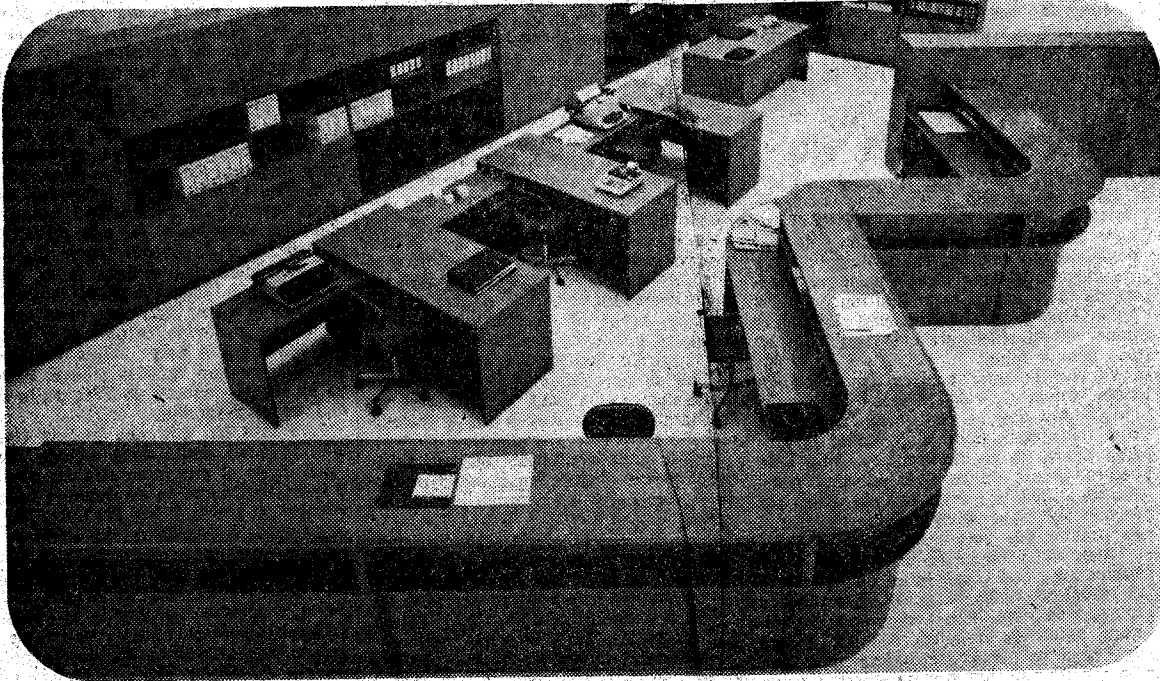
Joan FUSTER

II INAUGURACION MARZO II

700m²

de exposición

donde elegir



sus muebles de oficina

en

DECO

VIA LAYETANA, 151 tels. 215 42 26 - 215 49 04
BARCELONA-36



15 AÑOS DE SERVICIO

AVALAN UN PRESTIGIO

La calle y su mundo

Obra prima

Botines, no: betunes. (Fe de erratas.)

Les decía ayer, a propósito de las hormas y tacones, que el país, es un decir, anduvo siempre bien calzado y fabricó estupendos botines. En efecto, se fabricaron magníficos botines, pero este comentarista se refería a los betunes. Los trasgos impresores fueron los causantes de esta leve fechoría. Y hablando de cremas, siempre ha llamado la atención de los extranjeros el calzado brillante de los indígenas y la profusión de botineros en nuestras ciudades. Recuerdo que en sus peripecias españolas, Leon Trotsky se sorprendió ante la cantidad y calidad de los limpiabotas gaditanos. Esta tropa permanecía, hace años, adosada a las fachadas solaneras —delante de las cajas de los cepillos y bayetas— de ciertas plazas y avenidas, y ofrecían sus servicios a los transeúntes.

—¡Limpiaaa...! ¡De color y de las otras... las botas!

Tocante a botines, los románticos, delicuescentes botines eran un calzado de cuero o mixto de cuero y paño que llegaba hasta un tercio de las canillas y se ceñía generalmente con botones. Es una prenda de regusto galdosiano y característica de la Restauración y la Regencia. Uno no ha visto en la vía pública a nadie provisto de este tipo de calzado. En cambio conocí y tuve tratos con algunos sujetos que usaban botines de género, que cubrían las botas, se abrochaban de lado y se sujetaban con correas que cruzaban bajo los puentes de los zapatos. Los botines velaban palas, cañas y talones, dejando al aire libre las punteras.

Solían ser ocre y acastañados para botas de color y griseros para las negras. A veces paseaba por un parque un caballero melancólico con botines enludados, bastón con empuñadura argentina y tocado con sombrero hongo. Algunos gomosos alternaban los botines con las botas de dos tonos; caramelo, o verdoso, o gris, o azulada la tira central de los cordones y ojales. Las personas calzadas de esta guisa resultaban típicos ejemplos de anacronismo y cursilería. Los chuscos aseguraban que eran personas de gabinete. Es lo que les ocurre a los hombres de postrimerías.

Uno, naturalmente, no se acomodó con este calzado, si bien de rapaz rompí bastantes pares de botas de piel de cerdo, que se trataban con grasa de caballo con objeto más que nada de preservarles de la humedad. No sé si se emplean todavía en las comarcas lluviosas. Eran unos zapatos toscos, deslustrados, propios de feriantes y tratantes de granos y otros clientes de tabernas. En cuanto a botas, hay numerosas personas que gozan de este apellido y son de origen maragato y casi otras tantas que fueron apodadas de esta guisa. El más famoso «Botas» del ruedo ibérico fue don Niceto Alcalá Zamora, hombre bondadoso y de gran corazón, al que los energúmenos aporaron de la presidencia de la República, sin ninguna razón que justificase tamaña decisión. No conocí a nadie que ostentase el remoquete «Botines», que acaso pueda ser endosado a algún botones diligente y servicial. ¡Ah! Creo que Alcalá Zamora descubrió el monumento a Castelar, en Elda. — ERO.

DOC

LA ESTANTERIA QUE USTED NECESITA
NOSOTROS SE LO SERVIREMOS Y MONTAREMOS

METALICA MADERA
RANURADO CRISTAL
REJILLA ALUMINIO

- FRUTEROS
- MOSTRADORES
- INSTALACIONES COMERCIALES
- VARIOS

Sepulveda, 153 - Tels. 254 74 63 - 323 23 91 - BARCELONA - 11

DECORACION Y REFORMAS

COCINAS
BAÑOS
LOCALES
PISOS

Proyecto - construcción
Visados - permisos
Financiación 5 a 10 años.

LIBELA SA. Via Layetana 167-3ª 2ª
T. 215 86 36

SERVICIO ASISTENCIA TECNICA TELEVISION

tecnicisa

BLANCO-NEGRO
COLOR

INSTALACIONES Y
REPARACIONES
AL DIA

Juan Bravo, 22 ☎ 4215950